

# Juan Mari Jáuregui, 15 años después

IGNACIO LATIERRO

Es ineludible contar la historia, no ignorar el carácter del proyecto de ETA, así como insistir en la pluralidad de los vascos. Ninguna sociedad se sostiene si no hay un reconocimiento de la diversidad de sus miembros

**H**oy, 29 de julio, se cumplen 15 años del asesinato de Juan Mari Jáuregui por la banda terrorista ETA. Aquel año 2000 ETA cometió 23 asesinatos, su número anual más alto desde 1992 y que ya no volvería a alcanzar. Para los que como cada año en esta fecha participamos en el homenaje-recordatorio a Juan Mari, el año 2000 se nos presenta como uno de los más tenebrosos de nuestra vida. Es verdad que el terror masivo, la capacidad de obrar el mal y de hacer víctimas por parte de ETA fue muy superior en los primeros años de la democracia y la autonomía, pero la elección y significación de las víctimas, las circunstancias políticas y la exhibición al desnudo del proyecto político que significaba ETA hacen de ese 2000 un año particularmente tétrico, no solo porque en él fueron víctimas del terror Juan Mari y otros amigos suyos y nuestros.

Hacia ya algún tiempo que ETA, con la connivencia de su brazo político, había emprendido una campaña sistemática contra quienes ideológicamente consideraba sus enemigos, campaña que iba desde diversas formas de acoso hasta el asesinato. Pero es en el año 2000 cuando esa política alcanza su máxima expresión. Cargos públicos populares y socialistas, periodistas, intelectuales, jueces, cualquiera que no compartiera su credo ideológico y lo expresase era merecedor de

exclusión, persecución y castigo. Nada importa la biografía o el perfil de la víctima. Juan María Jáuregui y José Luis López de Lacalle, como José Ramón Recalde, que salva su vida milagrosamente también este año, no solo habían sido luchadores antifranquistas, sino que habían sufrido tortura y cárcel por ello. ETA no era un residuo del pasado sino un cruel proyecto totalitario.

El año pasado asistió al homenaje a Juan Mari uno de los miembros del comando que lo asesinó, mostrando su arrepentimiento. Declaró que él no sabía quién era Juan Mari, ni su vida, ni su ideario político. Había sido el instrumento que materializó lo que otros habían decidido. Parece que es lo habitual, cuando menos en los crímenes de los últimos años. ¿Quién o quiénes fueron los que decidieron que asesinar a gentes como Juan Mari, o José Luis, o Recalde era beneficioso para sus objetivos? Si pudiésemos responder a esta pregunta penetraríamos seguramente un poco más en el conocimiento del carácter de ETA.

Para aquel año 2000 la sociedad vasca había de-

sarrollado un vigoroso, aunque intermitente, movimiento de resistencia civil y la Policía había debilitado considerablemente su capacidad operativa. Sin embargo contaban con una buena baza: su propósito de fracturar a la sociedad vasca tuvo su momento de éxito. El Pacto de Estella que firmaron con las fuerzas nacionalistas se proponía, entre otras cosas, la exclusión de los no nacionalistas de la política vasca.

El primer atentado mortal del año 2000 se producía con un lehendakari sostenido por un acuerdo de legislatura frentista con la izquierda abertzale, pero hubo que esperar al segundo asesinato, el de Fernando Buesa y su escolta Jorge Díaz, para que Ibarretxe diese por roto el acuerdo. Pero fue imposible una respuesta unitaria al asesinato. La

imagen de las dos manifestaciones transcurriendo por las calles de Vitoria, ambas motivadas por el asesinato del dirigente socialista y su escolta, pero una al grito de 'ETA no' y la otra al de 'Ibarretxe aurrera' mostraban nitidamente el clima de enfrentamiento en el que iba a desarrollarse aquel negro año. Empeñado el lehendakari en ligar final de la violencia con el logro de objetivos políticos partidarios, víctimas y amenazados vivimos todo aquel periodo con un fuerte sentimiento de desamparo en lo esencial de la función de un gobierno.

De entonces a aquí han pasado muchas cosas. ETA ha dejado de matar y la sociedad vasca se ha sosegado bastante, pero los 30 años de influencia de ETA han dejado una marca que necesita de esfuerzos y generosidad compartidos para fortalecer la cohesión y la convivencia. Uno de esos esfuerzos ineludibles es el contar la historia, debatirla, no ignorar el carácter del proyecto de ETA. El otro es insistir en la pluralidad de los vascos. Ninguna sociedad democrática se puede sostener si no hay ese reconocimiento de la pluralidad de sus miembros. La pesadilla que hemos vivido es la consecuencia de haber ignorado ese principio.

Juan Mari Jáuregui fue un tenaz luchador por la libertad frente a la dictadura franquista y frente al totalitarismo terrorista, y un defensor a ultranza del diálogo democrático.

Por eso, además de por ser nuestro amigo, lo recordamos.

**Este artículo lo firman también Oscar Renedo, José Ignacio Asensio, José Mari Villanueva, Pablo Parra y**

**40 personas más**

